

DE LO NUESTRO
Historias Heterodoxas

Arquitectura para un imperio fallido

Ernesto Giménez Caballero inspiró con su libro “Arte y Estado” a arquitectos como Francisco Somolinos y José Ramón Valle



Ernesto BURGOS
HISTORIADOR

Ernesto Giménez Caballero fue el intelectual español más pintoresco del siglo XX: prolífico escritor, vanguardista en su juventud, fascista convencido más tarde e innovador hasta el momento de su muerte. Él fue quien resucitó el yugo y las flechas de los Reyes Católicos como símbolo de la unidad nacional y también quien se atrevió a llevar hasta Magda Goebbels, la esposa del ministro de propaganda de Adolf Hitler, la propuesta de matrimonio entre el líder nazi y Pilar Primo de Rivera para fundar así una nueva dinastía imperial que uniese a los dos países.

Un proyecto, que según contó, no pudo realizarse porque Magda le dijo que el Führer, había recibido un balazo en los genitales durante la I Guerra Mundial y era impotente desde entonces.

En fin, su libro “Arte y Estado”, publicado en 1935, sirvió de guía para muchos de los arquitectos del nuevo régimen surgido cuatro años más tarde. En él criticó la “nueva arquitectura”, estructurada por alemanes, rusos, holandeses, franceses y suizos tras la gran guerra, a los que consideraba inspirados por “un espíritu turbio, voraz, revolucionario y herético...el espíritu errabundo y oriental de Israel, el espíritu judaico”. Al contrario, su ideal fue el pasado imperial, identificado con la grandeza peninsular: “el tiempo, como en una sima desde cuyo fondo sus torres, campanas, cruces y cúpulas nos dan voces de angustia, de socorro, de templo sumergido, para que una generación titánica española lo vuelva a sacar a luz y a vértice de historia”.

Estas ideas fueron recogidas por la Junta Nacional de Reconstrucción de Templos Parroquiales, dependiente de la Dirección General de Regiones Devastadas y Reparaciones, encargada de rehacer el patrimonio eclesástico afectado por la destrucción de la guerra recuperando estilos históricos como el prerrománico, el románico o el gótico, a los que intentaron vincular el reinado de los Reyes Católicos y el Imperio de los Austrias sin tener en cuenta el anacronismo histórico y la diferencia de siglos entre unos y otros.

En la cuenca del Nalón contamos con dos buenos ejemplos en

las iglesias parroquiales de Santiago Apóstol en Langreo y San Pedro de La Felguera, cuyas obras fueron diseñadas y dirigidas respectivamente por Francisco Somolinos y por el felguerino José Ramón Valle. Ambos templos tienen una historia parecida, sufrieron primero graves daños, durante la revolución de octubre en 1934 y acabaron siendo destruidos completamente en la contienda civil, pero mientras para la reconstrucción del primero se eligió el estilo neo-gótico, que ya tenía en su origen, el segundo se levantó imitando las formas del prerrománico asturiano.

El templo langreano, que en un principio estaba dedicado a San Eulogio, cambió su advocación por la del Apóstol Santiago, patrono de España y más querido por el franquismo. Noelia Fernández García publicó en 2016 en la revista Espacio, Tiempo y Forma editada por la UNED un estudio sobre la labor reconstructiva que corrió a cargo de Francisco Somolinos, nacido en México, pero que siempre vivió en Asturias y tuvo su estudio en Oviedo junto a su hermano Federico, también arquitecto, que compitió con él y con Ignacio Álvarez Castelao para obtener la plaza de arquitecto municipal de Langreo en 1938.

Finalmente la plaza fue para Francisco, quien también se encargó de reformar el Ayuntamiento de esta villa, y en 1947 cuando ya no tenía ninguna relación oficial con el concejo, volvió a ser contratado junto a su hermano para la ampliación del Barrio Urquijo.

Según cuenta Noelia Fernández García, el 18 de julio de 1939 antes de su destrucción, el templo de San Eulogio estaba valorado en 590.000 pesetas, pero fue volado con dinamita y quedó reducido a escombros, por lo que Somolinos tuvo libertad para elegir su diseño, inclinándose por imitar hasta donde pudo los detalles de la Catedral de Oviedo; así planteó una planta de cruz latina de tres naves y crucero, ábside poligonal y dos torres, colocando en sus pare-

des veinticuatro vidrieras, como era de rigor en las catedrales medievales, que en este caso se fabricaron en Bilbao. Para la obra no se escatimaron gastos, de manera que hubo que financiarla con subvenciones estatales, donativos particulares, contribuciones mensuales, mientras que la empresa Duro Felguera prestó su apoyo proporcionando sus materiales a precio reducido.

Por su parte, la reconstrucción de la iglesia de San Pedro, en La Felguera, se encargó en 1939 a José Ramón del Valle Lecue, quien presentó un proyecto acorde a lo demandaba la ideología del nuevo Estado, recuperando el prerrománico como símbolo de la reconquista que había partido desde Asturias.

El templo debía tener nave única y recoger elementos copiados de Santa María del Naranco, San Miguel de Lillo y Santa María de Bendones, pero no fue aceptado, y en su lu-

gar se dio por buena la propuesta de José Francisco de Zuvillaga y Zubillaga (la primera con v y la segunda con b, ya ven ustedes) quien empezó la obra en 1941 respetando algún elemento prerrománico, pero incorporando a la vez otros del románico regional, entre ellos una torre campanario basada en la primitiva de la Catedral de Oviedo, lo que nos da la curiosidad de ver muy próximas dos recuerdos de las torres que presenta la Sede ovetense: la románica en La Felguera y la gótica en Langreo.

Es imposible pararse aunque sea un renglón en cada una de las iglesias reconstruidas en la década de 1940 en los concejos de la Montaña Central y que tuvieron esta vocación imperial que no distinguió entre el inicio y el fin de la Reconquista, o la España de los tercios. El franquismo puso al servicio de su ideología cualquier tiempo pasado que pudiese recordar el empuje militar español y la arquitectura religiosa fue una buena propaganda.

Para mi gusto, el más llamativo de los templos que se construyeron en la posguerra en nuestro territorio minero es el de San Andrés, emplazado en la vega de El Entrego y firmado también por Francisco de Zuvillaga en colaboración con el aparejador Abelardo Suárez Moro. Las obras comenzaron en 1945 y si sabe-

mos buscar encontraremos en este buen edificio de cruz latina presidido por dos torres considerables, un pórtico inspirado en Santa María del Naranco y las esculturas de la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo, arcos de imitación románica en el interior e incluso detalles barrocos.

Los Somolinos fueron responsables asimismo durante la posguerra de la conocida iglesia de San Pedro en Gijón y posteriormente, también en la Montaña Central, de las de la Sagrada Familia en Santullano de Mieres, y San Martín de Tours en Pola de Lena, ya en 1956. En la primera no aspiraron a recordarnos ningún pasado glorioso, salvo por su grandiosidad, ya que se trata de un edificio que podría ubicarse perfectamente en un barrio populoso de cualquier ciudad, pero aquí resulta demasiado pretencioso para una feligresía tan reducida, aunque la enorme cruz que preside su pórtico parece hacerle un guiño al tipo de arquitectura, también monumental, que se levantó en el Valle de los Caídos.

En cambio, en la parroquia de Pola de Lena, que vino a sustituir la que había salido del estudio de Enrique Rodríguez Bustelo en la segunda década del siglo XX, destruida también por los conflictos armados, los dos hermanos arquitectos intentaron recordar con dos torres cuadradas las que presenta la iglesia homónima de San Martín en la ciudad francesa de Tours.

Otra de sus obras más destacadas es la iglesia parroquial, también dedicada a San Martín, en La Felguera (Turón), inaugurada en 1944, como todas para sustituir a una arrasada anteriormente. La Sociedad Hulleras del Turón y sus trabajadores se encargaron de financiar este proyecto, igualmente inspirado en el prerrománico asturiano, y que como el de Santullano parece muy grande para la parroquia que tiene asignada, aunque en todos estos edificios se quiso aparentar lo que no había, empleando casi siempre unos materiales de mala calidad que el tiempo ha deteriorado demasiado pronto.

Francisco y Federico Somolinos también realizaron reformas en otros templos de la Montaña Central, como el de Figaredo, en Mieres, y más tarde Federico fue nombrado asesor de la Organización Sindical con lo que está detrás de la construcción de numerosas viviendas obreras, pero eso ya lo veremos otro día. Ahora quiero cerrar como empecé, con Ernesto Giménez Caballero, para vean que el personaje también era un místico. Lean lo que escribió en uno de sus libros: “Yo vi llorar a Franco mientras rezaba por José Antonio junto al altar y mientras la obra de José Antonio descendía en forma de Espíritu Santo sobre la testa del Caudillo”

¿Qué se podía esperar?

